

Imprimir

Las manifestaciones del sábado bajo el lema “Sin Reyes” contaron con la presencia de millones de estadounidenses que reivindicaron imágenes patrióticas contra el autoritarismo y en defensa de fines progresistas. Eso es positivo.

El sábado pasado, millones de manifestantes salieron a las calles de todo el país para la segunda marcha “Sin Reyes” contra Donald Trump. Trump, siempre estadista, respondió con una publicación en Truth Social que contenía un video generado por IA de él mismo pilotando un avión con una corona de rey sobre la cabeza, arrojando enormes cantidades de heces humanas sobre los manifestantes.

Al mismo tiempo que Trump usaba inteligencia artificial para desprestigiar a sus críticos, sus partidarios difundían la afirmación de que las imágenes de los enormes mítines eran, en realidad, noticias falsas. Se equivocaban: las impresionantes imágenes del mitin eran auténticas. La participación del sábado fue incluso mayor que en el primer mitin de No Kings, que superó ampliamente el desfile militar de Trump en junio, con escasa asistencia. Si bien los mayores seguidores de Trump pudieron disfrutar de su réplica escatológica y se consolaron con la idea de que las multitudes masivas eran una ficción mediática, las calles en la vida real estaban llenas de estadounidenses que denunciaban a Trump como un dictador en potencia.

En su boletín informativo “La Fuerza está en los Números”, el periodista de datos G. Elliott Morris consultó diversas fuentes para estimar el tamaño de la multitud del sábado. La estimación media de Morris es de cinco millones de participantes, y su estimación máxima, de 6,5 millones.

De cualquier manera, concluye Morris, “los eventos del sábado son muy probablemente el evento de protesta de un solo día más grande desde 1970, superando incluso las manifestaciones de la Marcha de las Mujeres de 2017 contra Trump”.

La Fuerza de la Unión también consultó datos del Consorcio de Conteo de Multitudes, un proyecto de la Universidad de Connecticut y la Escuela Kennedy de Harvard, para comparar

la actividad de protesta durante el segundo mandato de Trump con la de su primer mandato. En Estados Unidos, las protestas contra Trump se han cuadruplicado en esta ocasión.

El número de asistentes por protesta también se ha disparado desde el primer mandato de Trump. Morris estima que más de 12 millones de estadounidenses han protestado contra Trump desde que asumió el cargo a principios de este año. Una ciudad destacada por la participación de los No Kings el sábado fue Washington, D.C., donde Trump declaró el estado de emergencia pública y desplegó tropas de la Guardia Nacional en agosto.

Trump ha pasado su segundo mandato demonizando y antagonizando a amplios sectores de la población, desde trabajadores federales hasta inmigrantes, periodistas, activistas contra la guerra, personas transgénero, residentes de ciudades y estados enteros y todo el electorado demócrata. Ha declarado abiertamente su odio hacia sus oponentes en múltiples ocasiones y ha reflexionado sombríamente sobre “el enemigo interior”.

Trump desprecia a un gran número de estadounidenses y se deja llevar cada vez más por cualquier impulso rencoroso hacia ellos. Si estas cifras de protestas sirven de indicio, hay un límite a la provocación que se puede permitir antes de que el público contraataque.

Aquí en el sur de California, vi algo en la protesta “No Kings” del sábado que me sorprendió y me animó. Un gran porcentaje de manifestantes vestían de rojo, blanco y azul, con lemas en defensa de la democracia estadounidense, e incluso se disfrazaron de la Estatua de la Libertad. Excluyendo el 4 de julio, creo que nunca había visto tantas banderas estadounidenses después del 11-S en un evento que no celebrara la violencia y la dominación.

Republicanos prominentes, incluido el presidente de la Cámara de Representantes, Mike Johnson, ridiculizaron las protestas del sábado calificándolas de “manifestaciones de odio hacia Estados Unidos”. Cualquiera con los ojos bien abiertos vio precisamente lo contrario. Son Trump y el Partido Republicano quienes describen a los ciudadanos estadounidenses como adversarios, retratan nuestras ciudades como zonas de guerra e infiernos, y presentan

a la nación como un barco que se hunde rápidamente, arrastrado, en su opinión, por el igualitarismo, el universalismo, el multiculturalismo e incluso la propia democracia. En la protesta del sábado, en cambio, vimos a personas de todos los ámbitos de la vida profesando una creencia sincera en el proyecto democrático estadounidense y defendiéndolo, independientemente de sus críticas a su ejecución.

“Elegir cuestionar el significado de los símbolos nacionales estadounidenses en lugar de rechazarlos por completo nos da espacio político para declarar que la pobreza, la guerra, los prejuicios y la represión política son traiciones a nuestros valores más elevados”.

Como joven izquierdista que desarrollaba mi crítica de las numerosas deficiencias de Estados Unidos, podría haberme resultado desagradable el sentimiento patriótico de No Kings. Hoy lo encuentro alentador. Nunca fue buena idea ceder todo el territorio de la identidad nacional a la derecha. Cuando se les daba rienda suelta, siempre iban a definir lo que significa ser estadounidense a la manera de Steve Bannon y J.D. Vance, cuyo nacionalismo místico se funde a la perfección con el chovinismo de sangre y tierra.

La izquierda no debe confundir nuestras críticas a la desigualdad interna estadounidense y la dominación global con un rechazo estético de todo lo que se identifica como estadounidense. Debemos mantenernos firmes y luchar por esos símbolos. Nuestros símbolos son tan volubles y contradictorios como la historia de nuestra nación: pueden representar la exclusión o la inclusión, la dominación o la igualdad, nuestras mayores ambiciones morales o nuestros impulsos más bajos y nuestras hipocresías más condenatorias. Optar por cuestionar su significado en lugar de rechazarlos de plano nos da espacio político para declarar que la pobreza, la guerra, los prejuicios y la represión política son traiciones a nuestros valores más elevados, en lugar de la inevitable culminación del trágico destino de nuestra nación imperfecta. En otras palabras, deja espacio para el progreso político.

Estos símbolos e ideas de la americanidad tienen un poder increíble para millones de personas comunes y corrientes, como vimos en las calles el sábado. Me hicieron recordar las palabras del difunto organizador e intelectual socialista Michael Harrington:

Fue como socialista, y por serlo, que me enamoré de Estados Unidos... Si la izquierda quiere cambiar este país porque lo odia, entonces la gente nunca la escuchará y tendrá razón. Ser socialista —ser marxista— es un acto de fe, incluso de amor, hacia esta tierra. Es sentir la semilla bajo la nieve; ver, bajo la apariencia de corrupción, mezquindad y comercialización de las relaciones humanas, hombres y mujeres capaces de controlar su propio destino. Ser radical es, en el mejor y único sentido de la palabra, patriótico.

El sábado fue el día de protestas políticas más grande en la historia registrada de Estados Unidos. Eso es un triunfo en sí mismo. Además, las protestas de No Kings contradijeron por completo las representaciones de la derecha como un espectáculo odioso y antiestadounidense. Donald Trump es una fuente inagotable de odio para los estadounidenses, y este ya se está agotando. A la larga, a nuestro bando le irá mejor con amor.

Meagan Day, editora asociada de Jacobin. Es coautora de «Más grande que Bernie: Cómo pasamos de la campaña de Sanders al socialismo democrático».

Fuente: Revista Jacobin

Foto tomada de: <https://jacobin.com/2025/10/trump-no-kings-patriotism-protest>